

LA CERÁMICA CON DECORACIÓN
GEOMÉTRICA DEL CARAMBOLO

MANUEL CASADO ARIZA

LA CERÁMICA CON DECORACIÓN GEOMÉTRICA DEL CARAMBOLO

SPAL MONOGRAFÍAS

Nº XXI


u eus
Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2015

Colección: Spal Monografías
Núm.: XXI

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)
Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Esta edición ha contado con la colaboración financiera del Proyecto de Investigación “La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C.-II d.C.)” (HUM-03482), integrándose dentro de sus objetivos y difusión.

© Editorial Universidad de Sevilla 2015
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© Manuel Casado Ariza 2015
Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN 978-84-472-1789-2
Depósito Legal: SE 1982-2015

Diseño de cubierta: Manuel Casado Ariza
Maquetación e impresión: Imprenta Kadmos

A mis padres y a Cati...

ÍNDICE

¿Tiene la Arqueología capacidad predictiva? Breve reflexión a manera de prólogo.	13
I. INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS	23
II. EL LABERINTO DE TARTESO	27
II.1. EMPEZANDO POR EL PRINCIPIO: LAS FUENTES ESCRITAS	28
II.2. SOBRE LA CRONOLOGÍA DE “LO TARTÉSICO”	32
II.3. SOBRE EL ESPACIO GEOGRÁFICO “TARTÉSICO”	41
II.4. TARTESO EN EL SIGLO XXI. HACIA UN CAMBIO DE PARADIGMA	45
II.4.1. La construcción de Tarteso	46
II.4.2. Carambolo 1958: Tarteso descubre sus restos materiales	47
II.4.3. Un nuevo camino, ¿un nuevo Tarteso?	50
III. EL CARAMBOLO ALFA Y OMEGA	55
III.1. SERENDIPIA. HALLAZGO DEL TESORO Y EXCAVACIÓN DE 1958 DEL “CARAMBOLO ALTO”.	57
III.2. MÁS RESTOS “TARTÉSICOS” EN EL CARAMBOLO: 1960 EXCAVACIÓN DEL “CARAMBOLO BAJO”	62
III.3. NUEVOS DATOS ARQUEOLÓGICOS EN EL CARAMBOLO: CAMPAÑAS DE 2002-2005	67
IV. EL TEMA DE ESTUDIO	75
IV.1. DESCRIPCIÓN TÉCNICA DE LOS TIPOS	77
IV.1.1. La cerámica pintada tipo Carambolo	81
IV.1.2. La cerámica grabada	83
IV.2. ÁREA DE DISPERSIÓN	84
IV.3. UN BREVE RECORRIDO POR LA BIBLIOGRAFÍA	87
IV.3.1. Cerámica pintada tipo Carambolo	87
IV.3.2. Cerámica probada	92
V. CATÁLOGO DE MATERIALES	97
V.1. CAMPAÑAS DE CARRIAZO	97
V.1.1. Cerámica tipo Carambolo	98
V.1.2. Cerámica grabada	101
V.2. CAMPAÑAS 2002-2005	102
V.2.1. Cerámica tipo Carambolo	103
V.2.1.1. Carambolo V	103
V.2.1.2. Carambolo IV	107
V.2.1.3. Carambolo III	124

	V.2.1.4. Carambolo II	152
	V.2.1.5. Carambolo I	157
V.2.2.	Cerámica grabada	168
	V.2.2.1. Carambolo V	168
	V.2.2.2. Carambolo IV	169
	V.2.2.3. Carambolo III	171
	V.2.2.4. Carambolo II	172
VI.	FORMAS	177
VI.1.	CÓMO Y POR QUÉ DE UNA TIPOLOGÍA PARA LA CERÁMICA GEOMÉTRICA ...	177
VI.2.	TIPOLOGÍAS GENERALES DE REFERENCIA	178
VI.3.	IDENTIFICACIÓN TIPOLOGICA DE LOS MATERIALES	180
	VI.3.1. I. Formas abiertas	181
	I-a. Forma abierta simple: perfil hemisférico	181
	I-b. Formas abiertas compuestas: perfil carenado	182
	I-b.1: Forma abierta carenada 1	182
	I-b.2: Forma abierta carenada 2	185
	I-b.3: Forma abierta carenada 3	188
	VI.3.2. II. Formas cerradas	190
	II-a. Forma cerrada bicónica	190
	II-b. Forma cerrada globular	191
	VI.3.3. III. Formas especiales (soportes de carrete)	193
VII.	ESTUDIO DE LOS MOTIVOS DECORATIVOS	197
VII.1.	ELEMENTOS Y COMPOSICIONES DECORATIVOS GENERALES	197
VII.2.	MOTIVOS DECORATIVOS SIMPLES	209
	VII.2.1. Motivos lineales simples	209
	VII.2.2. Motivos geométricos simples	211
	VII.2.3. Motivos zoomorfos	212
	VII.2.4. Motivos fitomorfos	215
VII.3.	MOTIVOS DECORATIVOS COMPUESTOS	216
	VII.3.1. Motivos geométricos compuestos	217
VII.4.	COMPOSICIONES DECORATIVAS	219
	VII.4.1. Composiciones simples	219
	VII.4.2. Composiciones complejas	220
VIII.	CERÁMICA CON DECORACIÓN GRABADA Y TIPO CARAMBOLO: EL GEOMÉTRICO DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN EL SUROESTE PENINSULAR	223
VIII.1.	ORÍGENES, INFLUENCIAS Y PARALELOS DE LA DECORACIÓN GEOMÉTRICA “TARTÉSICA”	223
	VIII.1.1. Paralelos de la decoración geométrica “tartésica” fuera del ámbito peninsular	225

VIII.2. SIMBOLISMO Y RELIGIÓN EN LA CERÁMICA “TARTÉSICA” REALIZADA A MANO CON DECORACIÓN GEOMÉTRICA	230
IX. FUNCIONALIDAD DE LA CERÁMICA CON DECORACIÓN GEO- MÉTRICA	245
X. RECAPITULACIÓN	247
XI. BIBLIOGRAFÍA	251
XII. ÍNDICE DE FIGURAS	261

¿Tiene la Arqueología capacidad predictiva? Breve reflexión a manera de prólogo

Como el prólogo de un libro no es una introducción al mismo ni necesariamente un avance de su temática concreta, sino más bien algo colateral que el prologuista tiene a bien apañar para ambientar la cosa, hete aquí que se me ha ocurrido, hojeando este libro de Manuel Casado Ariza, poner a funcionar un poco la mollera en torno a un asunto epistemológico que afecta en general a todas las ciencias dedicadas a estudiar lo que otrora ocurrió teniendo como soporte documental los datos que de aquellos tiempos han llegado hasta nosotros. Trataré por tanto un axioma más de los muchos que rodean a las humanidades en general, en este caso definido por la asumida idea de que la Arqueología carece de carácter predictivo. Es un caso más a sumar, ahora de sustancia filosófica, a los problemas axiomáticos señalados por el autor en la obra que sigue a estas primeras páginas.

Las disciplinas históricas se han ubicado entre las que se suelen denominar –tal vez malamente y de ahí el problema– ciencias del pasado, nombre que aquí respetaré para no enredar más de lo recomendable. Sesudos pensadores han negado con demasiada frecuencia que esas materias científicas dispongan de la capacidad de hacer predicciones, cosa que para mis entendederas resulta una conclusión bastante desviada. A combatir este yerro van dirigidos estos pocos párrafos, con la intención de dejar satisfecho al menos al autor del presente libro, y con la seguridad de que no lograré lo mismo con otros colegas de profesión. Para ello comenzaré con un apunte que a finales del los años noventa del pasado siglo recogí de la página 104 del libro titulado *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*, debido a la pluma de Humberto Maturana y Francisco Varela, y que por aquel entonces había publicado la editorial Debate:

Hablamos de predicción cada vez que después de considerar el estado presente de un sistema cualesquiera que observamos afirmamos que habrá un estado consecuente en él que resultará de su dinámica estructural y que también podremos observar. Una predicción, por tanto, revela lo que como observadores esperamos que ocurra.

Suele creer el personal dedicado a estos menesteres de hurgar en el devenir humano que las llamadas ciencias del pasado miran hacia atrás en la flecha del tiempo. Y tengo por seguro que este desvarío es el que le hizo rechazar en 1995 a Mario Liverani, en su voluminosa obra *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, publicada en su versión en español en Barcelona por Crítica, que la historia como disciplina académica disponga de carácter predictivo. Así quiero yo interpretar la frase, no libre de crítica abierta, que en la página 24 de su referida obra escribe el historiador italiano con motivo de introducir al lector en lo que va a encontrar en ella, en los tipos de datos recopilados por la investigación y en cómo se han trabajado éstos para hacerlos hablar:

En particular, la reconstrucción de las fases protohistóricas –la difícil tarea de reconstruir sociedades complejas basándose en una documentación no escrita– ha sido un estímulo para que se barajaran de forma coordinada todos los rastros documentados y todos los apoyos contextuales posibles: datos ecológicos, edafológicos, paleobotánicos, arqueozoológicos, cotejo etnoarqueológico y tecnología experimental, además de las depuradas técnicas de la excavación prehistórica (estratigráfica y «abierta» al mismo tiempo), y la complejidad de la antropología social, política y económica. Los resultados, si por un lado permanecen al margen de la historia en sentido estricto (porque la falta de textos cierra prácticamente el paso al acontecimiento), por otro se aventuran hacia una «neohistoria» con aspiraciones normativas al igual que las otras neociencias de cuño estadounidense: *New Archeology*, *New Geography* y *New Economic History*), que tiende a «predecir» el pasado más que a reconstruirlo, y prefiere establecer leyes más que constatar desviaciones. Por último, el empleo de ordenadores brinda la posibilidad (y el riesgo) de la simulación aplicada a los puntos oscuros del pasado, y no ya a las incertidumbres del futuro, con una generación de historiadores «demiurgos» enfrascados en una labor más de creación que de reconstrucción.

Que Liverani no es devoto de encontrar leyes en la historia humana parece claro, especialmente por la opinión negativa que tiene de las disciplinas de origen anglosajón que sí son partidarias de ello. Aquí radica, en esencia, que se asuma o no que la Arqueología tenga potencial predictivo, en el punto de partida con que se aborda la historia humana. O ésta se entiende como una mera secuencia de hechos contingentes, visión que no excluye desde luego aceptar una concatenación causa-afecto de los mismos; o estamos ante fenómenos que, bajo su aparente heterogeneidad, pueden ofrecer regularidades que conducen al descubrimiento científico de una regla –o de una ley si queremos usar una palabra aún más fuerte–. Este tema resulta un asunto de profundo calado entre los especialistas en ciencias sociales y humanidades. De hecho, si los hechos históricos son manifestaciones concretas de leyes naturales que nos rigen, parece altamente improbable que, aún llegándolas a conocer, podamos escapar de ellas si no nos gustan. Como yo me he vinculado desde hace años a una visión darwinista de nuestro devenir histórico, y he aterrizado de lleno en la denominada *Arqueología Evolutiva*, estoy desde luego absolutamente convencido de lo segundo. Y, como consecuencia, me he posicionado en un nihilismo bastante explícito ante actitudes tradicionales como la que nos dice que la historia es maestra de la vida o cosas por el estilo. Entre estas segundas, que somos dueños de nuestro destino, que no estamos determinados, que si el libre albedrío para acá, que si el libre albedrío para allá. En el campo de la etología humana, e incluso en el de la antropología cultural si cabe, la sociobiología estadounidense primero y la teoría de juegos después han llevado muchas veces la voz cantante en la búsqueda de estas regularidades, algunas de las cuales podrían tener base genética.

Por lo común, los historiadores no han sido educados en epistemología. Parece que, a pesar de que estudiamos con frecuencia historia de la filosofía, eso de saber distinguir con claridad qué es trabajo científico y qué no lo es, resulta de escasa importancia para nuestro quehacer profesional. Esa destreza sería más bien cosa exigible al mundo académico de “bata blanca” –permítaseme esta popular expresión, que voy a usar varias veces en estas páginas–. Para muchos investigadores en ciencias sociales y humanidades, entre los que incluyo ahora especialmente a los arqueólogos, a otros historiadores, a muchos sociólogos y a gran parte de los antropólogos culturales, nuestros estudios deben destinarse al

arreglo del mundo, y no sólo a su conocimiento y explicación, lo que conlleva aceptar que desde ellos se puede definir la dirección y el destino de tal apaño. A lo largo de mis ya muchos años como docente, he podido comprobar que un sector muy dinámico de los estudiantes llega a la universidad con este propósito. Por tanto, es esta parte del alumnado la más opuesta a que le cuenten visiones históricas que asumen leyes para el devenir humano, y que la labor del historiador sea encontrarlas si aspira a trabajar científicamente y a trascender la mera descripción de hechos acontecidos en una secuencia temporal. Su oposición declarada a cualquier enfoque normativo es directamente proporcional a las ganas que manifieste el correspondiente individuo –alumno o profesor– de enderezar este mundo nuestro supuestamente torcido. Porque tal vez las leyes que descubre le digan que la cosa no tiene transformación posible, o que –más grave aún– las visiones genuinamente científicas de la historia carecen de programa ideológico para definir cuáles sean las metas a alcanzar. Esto último afirma Richard Alexander, por ejemplo, en su *Darwinismo y asuntos humanos*, donde, refiriéndose en la página 212 concretamente a la visión evolutiva de nuestro pasado, de nuestro presente y de nuestro porvenir, recoge:

Sostendré, y espero demostrar, que el análisis evolucionista puede decirnos mucho sobre nuestra historia y los sistemas de leyes y normas existentes, así como sobre la manera de alcanzar las metas que consideremos deseables, pero esencialmente nada tiene que decir acerca de qué metas son deseables, o en qué dirección convendría modificar las leyes y normas en el futuro.

La capacidad predictiva es uno de los rasgos epistémicos que más han valorado los filósofos a la hora de medir la calidad de las explicaciones científicas. Por eso, quien considere que la labor del historiador es, por encima de otras de carácter más básico, descubrir regularidades que den cuenta de nuestro devenir en el planeta Tierra, seguramente experimentará la necesidad de controlar bien las directrices de la epistemología. Desde la Universidad de Sevilla, los docentes del Departamento de Prehistoria y Arqueología que tenemos claro este extremo, hemos luchado –y lo hemos conseguido– por que en el plan del de asignaturas del nuevo *Grado de Arqueología*, que compartimos con las Universidades de Granada y Jaén, se incluya una materia que cubra esta marra tradicional. Se trata de *Filosofía de la Ciencia*, que espero sirva de mucho a los estudiantes a la hora de perfilar su labor de futuros arqueólogos. En su obra *El misterio de los misterios...*, Michel Ruse profundiza en esta necesidad, y la aplica sistemáticamente al estudio que lleva a cabo en ella de la labor desempeñada por diversos biólogos evolucionistas, desde Erasmus Darwin hasta hoy. Si mal no recuerdo, el carácter predictivo aparece al comienzo de su libro como uno de los baremos esenciales para sopesar la científicidad de los cuerpos teóricos y de sus explicaciones. Se trata por tanto de un instrumento con el que los especialistas pueden llegar a calibrar el valor de lo que les cuentan otros. Por eso, concienciado de este requisito, yo mismo me empeñé en ofrecer predicciones sobre lo que podría encontrarse al excavar en extensión las murallas de los asentamientos de época tartésica. Mi opinión era –y lo mantengo aún– que tales sistemas defensivos siguen modelos orientales llegados al mediodía hispano con la colonización fenicia arcaica. Por tanto, esos recintos no deberían tener puertas en el glacis, ya que en los prototipos originarios los vanos se encontraban en el paramento vertical de adobe y tapial superpuesto al terraplén de piedras. Lo que propuse en aquel artículo (“Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista”)

está aún por comprobar, sobre todo porque la crisis económica que se nos echó encima a pocos años de su publicación ha hecho disminuir drásticamente el número de proyectos de investigación dedicados a la arqueología andaluza; así que el tiempo dirá si se cumple o no la predicción. Si fuera como adelanté, mi hipótesis se habría reforzado hasta el punto de ser verificada; si no, mi explicación debería tirarse a la papelera. Pero no es lo uno ni lo otro lo que ahora me importa, sino el hecho de haber podido mostrar que la arqueología sí está dotada de la capacidad de llevar a cabo predicciones científicas.

La predicción científica no es exactamente averiguar el futuro. Quienes creen que lo es, reniegan del carácter predictivo de una ciencia si el tal pronóstico no se cumple. De aquí deriva la confusión del personal acerca de si las disciplinas históricas son o no ciencias verdaderamente. La predicción científica es, entre otros baremos epistémicos, el instrumento que permite comprobar si una hipótesis o explicación estaba o no en lo cierto. En Arqueología, la predicción científica apenas aparece planteada de forma clara entre quienes pretenden dar cuenta de un hecho determinado, seguramente por la falta de preparación filosófica de los arqueólogos como ya indiqué. Si se quiere hacer ciencia con la Arqueología, es necesario que los investigadores planteen de forma abierta y explícita en sus trabajos qué rasgos o hechos son esperables de sus conclusiones, y no dejen esta tarea para que los demás las deduzcan leyendo entre líneas o retorciéndose el seso. Seguramente ahorraríamos mucha tinta y papel si los propios autores de los trabajos se plantearan seriamente esta necesidad, ya que podrían reconocer como reciclables muchas de sus hipótesis, o destinarlas directamente al limbo de la fantasía. Pero el futuro es algo especialmente querido por muchos de mis colegas del gremio arqueológico. Me refiero no a un avance de lo que cabría encontrar por haber topado con una ley insoslayable, sino a la manifestación de cómo las cosas deberían ser o hacerse en un tiempo venidero, sin exponer las razones de por qué lo formulado debería ser así. De esta guisa, la propuesta de futuro se convierte en profecía adivinatoria y hasta en programa político. ¡Cuántos congresos se han abierto o cerrado con trabajos que incluyen en su título ...*pasado, presente y futuro!* En estos casos, el mañana deseable es producto básicamente de la posición particular del correspondiente autor, cuando no de su ideología, de sus preferencias teóricas, de su área particular de especialización o de peculiaridades aún más personales y caprichosas. En el aspecto de la gestión patrimonial –aquella actividad, por cierto, donde los especialistas en Arqueología tal vez hayan trabajado menos científicamente– los ejemplos son abundantísimos, aunque me interesa aquí señalar más el pecado que los pecadores para no meterle a nadie con nombre y apellidos el dedo en el ojo. Pocos han reparado en que el patrimonio material, como cualquier rincón de nuestro universo, está sujeto a las reglas evolutivas de la temperatura, y que toda propuesta de gestión de ese legado histórico deberá tener en cuenta las consecuencias insalvables del aumento constante de la entropía mediante la desaparición de gradientes térmicos, hasta que se alcance el cero absoluto en todos los rincones del espacio-tiempo. En este terreo, mi conclusión es que el corazón hace verdaderos estragos en la cosa, y que son los sentimientos individuales y colectivos los que imperan en la conservación patrimonial, por encima siempre de cualquier razonamiento lógico. Vea el lector más extensamente mi reflexión sobre el particular en un artículo que titulé precisamente “El Carambolo, el Nirvana y la segunda ley de la termodinámica”, publicado en 2009 en la revista *Anales de Arqueología Cordobesa*. Y

donde dice allí “Carambolo”, coloque el lector cualquier otro elemento patrimonial que le venga en gana si así lo estima conveniente.

El futuro del pasado es el presente; no rebasa nunca del presente porque, en cualquier situación temporal en la que nos encontremos, el futuro no existe. Sólo podemos afirmar, como mucho, que existirá algún día, aunque lo haga entonces también como presente de aquella otra realidad. Esto parece un juego de palabras, pero conviene que los historiadores tengan claros dichos conceptos para que no caigan en el ensueño de que el futuro puede cambiarse por otro distinto. De alguna forma, estamos seguros por completo de que lo ya acontecido es inmodificable. Pero quienes estudian la historia para arreglar el mundo parecen ignorar que lo que ha de venir tampoco puede ser transformado. En todo caso, podríamos corregir aquello que imaginamos que ocurrirá, lo cual no es el futuro real sino nuestra imagen mental del mismo. Por eso, agradece uno que cuando estos términos se usan para hacer guiños que procuran captar nuestra atención, los arqueólogos tengan claro qué términos y conceptos se están barajando. Recuerdo ahora, por ejemplo, el caso de una obra destinada al estudio de la cartografía arqueológica, donde mi compañero de departamento Leonardo García Sanjuán y David W. Wheatley imaginaron, como editores científicos de la misma, un atrayente título que juega con algunas de estas palabras que acabo de barajar: *Mapping the Future of the Past. Managing the Spatial Dimension of the European Archaeological Resource*. Pero aquí o poco más suele quedar la cosa cuando se trata de entender correctamente, entre los arqueólogos en particular y entre los historiadores en general, qué sea esto de distinguir bien lo que la historia será de lo que nos gustaría que fuera. Y las confusiones vienen normalmente de pensar que la disciplina de historiar nuestro pasado carece de poder predictivo porque no está destinada a descubrir leyes generales. Como mucho, creemos que sirve para hallar ciertos patrones de escaso alcance repletos de excepciones, las “desviaciones” citadas por Liverani en el párrafo recogido más arriba. Todo ello posiblemente sin saber que, para proponer una nueva regla general que hayamos creído localizar, habrá que definir muy bien los contornos espaciotemporales a los que ésta se refiere. Esto es muy importante para las disciplinas biológicas e históricas, en las que el tiempo y el espacio son variables determinantes e ineludibles. Sólo así lograremos no caer en el ridículo científico que supondría la lapidaria crítica que recoge el cosmólogo Stephen Hawking en su preciosa obra divulgativa *El universo en una cáscara de nuez*, donde afirma literalmente (pág. 91 de su versión en castellano), que “una ley no es ley si sólo se cumple a veces”.

El tema elegido por Manuel Casado para su libro que ahora prologo entra de lleno en los problemas que hoy tiene planteados el estudio de la Protohistoria de la mitad meridional de España y Portugal. A cualquier lector ajeno a las preocupaciones que aquí vengo mostrando le resultarán extrañas unas posibles relaciones entre ese mundo del primer milenio a.C., nuestro presente como sociedades del siglo XXI y nuestro futuro. Pero quienes no asumen la capacidad predictiva de las ciencias del pasado están libres de esta esclavitud, que yo y otros pocos más sí padecemos. Creen por eso, a mi modo de ver de forma cándida (¿o soy yo el inocente?), que la Arqueología es un arma para la transformación social, por lo que viene como anillo al dedo para el caso contar lo que ahora se sigue tras el punto y aparte con el que finaliza el presente párrafo. Se trata de un asunto en el que está implicado indirectamente, sin ser responsable de ello, mi colega Arturo Ruiz Rodríguez, catedrático de

Prehistoria en la Universidad de Jaén. Veremos cómo la Protohistoria andaluza tiene que ver con el futuro.

El profesor Arturo Ruiz lleva años desarrollando interesantísimas investigaciones arqueológicas sobre el mundo de los íberos, especialmente en la provincia jiennense aunque sus repercusiones han trascendido el ámbito nacional e internacional. Es decir, sus trabajos de campo versan fundamentalmente sobre las culturas prerromanas del Alto Guadalquivir. Pues bien, con motivo de tan importante labor investigadora, en 2002 fue galardonado con el Premio Andalucía de Investigación en Humanidades, en su IX edición. La labor del profesor jiennense se merecía desde luego tal reconocimiento, pero las razones del jurado me parecieron dignas de recoger en mis apuntes. Algún día que tratara de reflexiones epistemológicas como las que aquí expongo, dispondría de elementos adecuados con los que desarrollar mis razones. Aquellos argumentos para la concesión del premio rezaban literalmente:

Examinados detenidamente los currícula de los candidatos presentados por los distintos Organismos e Instituciones se acordó conceder el IX Premio Andalucía de Investigación de Humanidades y Ciencias Jurídicas-Sociales “Ibn al Jatib”, dotado con 13.823 Euros y una placa acreditativa, al Ilmo. Sr. Don Arturo Ruiz Rodríguez, Catedrático de Prehistoria en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Jaén, por su trayectoria investigadora sobre arqueología ibérica que supone una visión de la arqueología como arma de futuro, como instrumento de transformación, a partir de la puesta en valor del patrimonio generado que une, en perfecta síntesis, investigación, conocimiento y sociedad.

Ignoro por supuesto quiénes formaron parte de la comisión que eligió la candidatura ganadora, pero tengo para mí que su concepción de la disciplina histórica coincidía casi a la perfección con un lema que yo había leído en un programa docente de la asignatura de *Prehistoria Universal* impartida en la Universidad de Sevilla por mis colegas y amigos Oswaldo Arteaga Matute, Rosario Cruz-Auñón Briones y Rosario Cabrero García. En el correspondiente al curso académico 1999-2000 al menos, aparecían varios párrafos muy propios de los postulados teóricos y metodológicos marxistas de sus autores:

Intentando compenetrar al alumnado en un conocimiento crítico de las distintas alternativas explicativas, y que salvando algunas amnesias posmodernas todavía coexisten, la última parte del programa se hace sumamente «reflexiva».

Desde las **Teorías Culturales**, y desde las **Teorías Sociales**, se contrasta una vertebración universal del pasado; integradora de la «prehistoria» en el debate crítico de la **Historia Universal**: en tanto que desarrollando las citadas áreas gnoseológicas, ontológicas y epistemológicas del pensamiento científico, nuestra disciplina puede contribuir a explicar, dentro de un discurso comprometido con un **Proyecto Social** de futuro, la aparición de los primeros Estados mundiales, y el origen de las más antiguas civilizaciones conocidas en el «Orbe humano».

Solamente imbuida en esta reflexión, la disciplina «prehistórica» podrá retomar el camino crítico que las Ciencias Sociales reclaman, en cuanto a la concepción global de la HISTORIA.

Conociendo yo la trayectoria del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla por ser ya miembro avejentado del mismo, tengo para mí que estas ideas recogidas en las páginas 8 y 9 de aquel programa docente eran más propias de la pluma del profesor mentado en primer lugar que de las dos profesoras que aparecían con él como coautoras. Porque, además, cualquiera que haya leído las publicaciones de

O. Arteaga sabe lo mucho que le gustan las negativas pero pone énfasis en las partes de sus propios escritos que más interesantes le parecen. Así que no hay que ser demasiado inteligente para sospechar que los miembros del jurado que concedieron el merecido premio al profesor Arturo Ruiz Rodríguez comulgan con el Materialismo Histórico oficial o enteramente, pero respectiva que ha desarrollado en las últimas décadas la llamada *Arqueología Social*. De hecho, es muy propio del análisis dialéctico que hacen los prehistoriadores marxistas pensar que la evolución histórica es modificable por voluntad individual y/o colectiva, es decir, que los protagonistas del devenir humano sobre nuestro planeta al menos parte de ellos – son dueños y señores de su futuro y del de los demás que no han decidido la meta. En esto del análisis cultural evolucionista habría que definirlos como manifiesta y abiertamente lamarckianos, con lo que podemos encajarlos claramente entre los darwinistas que yo he llamado a veces “a tiempo oficial”, aquellos que asumen a Darwin sólo para la explicación de los cambios somáticos y no para los de la conducta aprendida.

El futuro del tribunal que me acordé de la Universidad de Jaén no es el que tienen en mente los investigadores de bata blanca cuando hacen ciencia, ni tampoco el que algunos arqueólogos nos planteamos al decir a partir de nuestros estudios. Estos segundos futuros están deducidos a partir del hallazgo de una ley que pretende dar cuenta de experiencias particulares repetidas. Esa es la predicción científica que la Arqueología puede alcanzar si trabaja bien desde el punto de vista epistémico. La clase de futuro que han imaginado las Humanidades tiene que ver casi siempre con una visión teleológica de la historia humana, sin duda más lamarckiana que darwinista. Es un enfoque del que reniega por completo la *Arqueología Evolutiva* y otras disciplinas que, como la vilipendiada *Sociobiología*, ven al hombre como un miembro más del reino animal, y no más. Es un futuro, el imaginado por la mayoría parte de los antropólogos culturales e historiadores, que cuenta con una meta o que va encaminado a un fin determinado que controla y diseña la propia humanidad; un destino y un final que se propone siempre feliz en tanto que culminación de un camino de progreso. A mi modo de ver, se trata de ideas religiosas más que científicas, y sus predicciones pueden calificarse de verdaderas profecías o esfuerzos adivinatorios. Así que tal vez tenga razón el naturalista y filósofo Andrés Moya cuando, con una mezcla de contención prudente y de crítica casi sarcástica, sentencia:

La evolución es una teoría científica, al contrario que el marxismo, el psicoanálisis o la teología, que son otra cosa.

He recogido tamaña afirmación de la página 13 de una interesante obra suya donde propone la posibilidad de que el darwinismo pueda conciliar la dicotomía «ciencias de bata blanca versus humanidades» diatriba que constituye realmente el núcleo de cuanto aquí estoy tratando. Yo al menos albergo esa esperanza, que tengo depositada concretamente en el enfoque teórico que preside la ya mencionada *Arqueología Evolutiva*. Pero conseguirlo es inevitablemente rechazar que la historia sea una disciplina que trabaje con el pasado.

La ciencia histórica y todas sus ramificaciones y variedades, incluida ahora la Arqueología, no operan con datos pretéritos. Si así fuera, tal vez tendrían serias trabas estructurales para hacer predicciones. Por eso Maturana y Varela incluyen sabiamente en su concepto de predicción científica la noción de “estado presente”, referida a la condición temporal

en que se hace la observación y se toman las medidas. Los yacimientos arqueológicos, los utensilios del pasado, la basura orgánica dejada por nuestros ancestros en los lugares en que habitaron, la orientación astral de las tumbas y de los templos, el arte antiguo, etc., etc., son todos ellos documentos arqueológicos que los especialistas en esta materia hallan y estudian en el presente, en la época que a dichos expertos les ha tocado vivir. Son datos actuales. Por lo tanto, del análisis de esas referencias y del descubrimiento en ellas de ciertas regularidades pueden deducirse, en primer lugar, propuestas sobre lo que un tiempo venidero puede deparar siempre que se encuentren otros hechos arqueológicos de parecidos caracteres. Igualmente, con base en esa misma información es lícito obtener, en segunda instancia, leyes sobre los acontecimientos humanos que trasciendan la mera descripción y análisis puntual de los mismos, y que se conviertan así en posibles respuestas científicas a algunas de las preguntas filosóficas que más han preocupado a la humanidad: de dónde venimos y hacia dónde vamos. En resumen: a partir de esos datos actuales podemos proponer tanto reconstrucciones del pasado como predicciones para el futuro.

Asumido esto ¿quién puede sostener entonces que la Arqueología no es una ciencia predictiva porque se dedica a investigar épocas pretéritas? Pues seguramente quien es poco diestro en ella o, mejor aún, quien no tiene claro los contornos del trabajo científico. Con argumentos parecidos a los de Liverani que me han servido de pretexto para pergeñar este prólogo, la menos predictiva de las ciencias sería la Astronomía, o mejor aún su parienta la Cosmología. De hecho, los rayos gamma, la luz y las microondas del fondo cósmico, entre otras radiaciones que nos llegan del espacio exterior, provienen en realidad del pasado, aunque sólo los captamos y percibimos hoy, cuando nos alcanzan. Los especialistas que sondan el firmamento visible, o aquellos que intentan penetrar en profundidades aún mayores que nuestros ojos no ven, trabajan con datos que recopilan en su presente, aunque algunas de esas emisiones se originaran durante el nacimiento del universo, cuando el *Big Bang* dio principio a todo. Así brega también la Arqueología, con datos de aquí y de ahora que se formaron en otros tiempos.

Nadie puede sostener que, por haber surgido las distintas ondas cósmicas en sus fuentes de origen hace miles de millones de años, las ciencias que estudian los cielos carezcan de carácter predictivo. Es más, en ellas la predicción se ha convertido en realidad en una de las principales herramientas de trabajo, generando por doquier hipótesis que suponen un acicate para la propia investigación y para la adquisición de nuevos conocimientos. Y tales propuestas han surgido del análisis paciente de regularidades, de las cuales nuestras mentes captan la ley que subyace porque la evolución ha ejercido fuertes presiones selectivas a favor del incremento de nuestra inteligencia. Con la visión de Liverani, también podrían calificarse la Astrofísica y la Cosmología como ciencias del pasado. Ni siquiera al Sol lo percibimos de inmediato, ya que lo vemos por la luz que emitió varios minutos antes de iluminarnos. De alguna forma, el Sol que captamos ya no existe. En la tesitura de una desaparición repentina de nuestra estrella –Dios no lo quiera aún– sus rayos podrían broncearnos en la playa todavía durante un rato, el tiempo que tarda su energía en llegar a la superficie terrestre.

Mucho mejor que he podido yo expresar esta propiedad predictiva de la ciencia lo ha hecho el referido astrofísico Stephen Hawking en su obra que cité antes, en concreto en su página 43:

Una buena teoría describirá un amplio dominio de fenómenos a partir de unos pocos postulados sencillos, y efectuará predicciones definidas que podrán ser sometidas a prueba. Si las predicciones concuerdan con las observaciones, la teoría sobrevive a la prueba, aunque nunca se pueda demostrar que sea correcta. En cambio, si las observaciones difieren de las predicciones, debemos descartar o modificar la teoría.

La posición defendida aquí por Hawking demuestra una vez más su visión utilitarista de la ciencia, valga la expresión; que es aquella que busca dar una explicación satisfactoria a los datos con que contamos más que hallar “la verdad” –léase realidad–. Es esta perspectiva la que yo personalmente he elegido para mi quehacer como prehistoriador. Él mismo, discutiendo con Roger Penrose acerca de los dos presupuestos de partida del trabajo científico, el instrumentalista y el realista, recogió en un artículo de la revista *Investigación y Ciencia* de 1996:

Yo no pido que una teoría corresponda a la realidad, ya que no sé qué es eso. La realidad no es una propiedad que pueda comprobarse con papel de tornasol. Todo lo que a mí me preocupa es que la teoría pueda predecir los resultados de las medidas.

Negar la capacidad predictiva de una disciplina equivale en realidad a confesar su carácter acientífico. Por eso no deja de extrañar el título elegido para el debate epistemológico que sobre la Arqueología publicó la revista *Complutum* en su número 20(1), de 2009: *¿Qué clase de ciencia es la arqueología?*

¿Es que hay acaso varias formas de hacer ciencia? La Meteorología tiene como uno de sus beneficios sociales más alabados poder indicarnos el tiempo que hará mañana. Hace por tanto la predicción científica que se espera de ella. Aun así, puede decirnos que lloverá y luego no caer ni gota, sin que por ello deje de ser científica. Sin embargo, el vidente puede acertar al recomendarnos el paraguas después de penetrar secretamente en su bola de cristal, sin que dicha adivinación convierta su arte en quehacer científico. Por ello la Epistemología sólo distingue entre lo que es ciencia y lo que no lo es, sin establecer rangos de mayor o menor científicidad en las disciplinas que se salvan de la quema. En el caso concreto de la Arqueología, la capacidad predictiva permite que podamos verificar o no, en términos de falsabilidad popperiana, nuestras explicaciones históricas. Aun así, al estar situada la arqueología académica entre las humanidades, se ha convertido casi en un axioma socialmente muy extendido la idea de que en esta disciplina se trabaja con un especial relajamiento epistémico, y es bastante frecuente oír entre los propios historiadores de la modernidad que la imaginación –entiéndase ésta aquí en su peor sentido– domina la tarea investigadora de los prehistoriadores y arqueólogos. De aceptar cómodamente esta situación han surgido muchas de las posiciones postmodernas en esta materia, casi todas ellas acompañadas de una renuncia velada o manifiesta a dotar a la arqueología de científicidad. Si están vivas es sólo porque parasitan normalmente los presupuestos de las universidades públicas; porque en la empresa privada no podrían medrar cosas tan inútiles. Rechazando el carácter predictivo de la Arqueología se refuerza otro axioma más, en este caso epistemológico y genérico, de los que rodean a las humanidades y a muchas ciencias sociales. Un axioma que, frente a otros aludidos en la presente obra, con campos de afección más restringidos, podemos calificar aquí de primer nivel por infectar directamente los mismos cimientos epistemológicos de la disciplina.

Llegados a este punto, cualquiera que frecuente la lectura de trabajos de Arqueología podrá contestarme que los planteamientos aquí defendidos suponen un deseo más que una evidencia. Así que, como estoy finalizando ya este preámbulo digresivo y no voy a ponerme ahora a hacer un estudio bibliométrico para comprobar tal extremo, asumiré esa crítica con resignación; sobre todo porque es verdad que, a vista de ejemplo, uno saca la impresión de que pocas investigaciones arqueológicas se plantean la meta de proponer hipótesis que puedan verificarse a través de sus predicciones concretas y explícitas. Mas pido al lector la suficiente indulgencia como para poder seguir imaginando esta ilusión, que espero no se convierta nunca en quimera. Y, como estos ejemplos casi parecen un artículo, con tanta dichosa cita y con tanta referencia a terceros autores, pediré a Manuel Casado que incluya en su bibliografía final los títulos completos y bien recogidos de cuanta literatura he mentado aquí; por si alguien quiere comprobar lo afirmado y porque no es costumbre dotar a los párrafos de esa parafernalia pesquera. Y si aparece la lista bibliográfica nada más finalizar este texto, o como citas a pie de página, sea porque la Editorial Universidad de Sevilla ha denegado prudentemente el *nihil obstat* a mi transgresora solicitud.

José Luis ESCACENA CARRASCO
Sevilla, octubre de 2015

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, R. (1981): *Darwinismo y asuntos humanos*. Salvat, Barcelona.
- ARTEAGA, O.; CRUZ-AUÑÓN, R.; CABRERO, R. (1999): *Programa de Prehistoria Universal. Curso 1º de Historia*. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla.
- ESCACENA, J.L. (2002): “Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista”. *Spal* 11: 8-105.
- ESCACENA, J.L. (2009): “El Carambolo, el Nirvana y la segunda ley de la termodinámica”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 20: 4-38
- GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D.W. (ed.) (2002): *Mapping the Future of the Past. Managing the Spatial Dimension of the European Archaeological Resource*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- HAWKING, S. (2011): *El universo en una cáscara de nuez*. Crítica, Barcelona.
- HAWKING, S.W.; PENROSE, R. (1996): “La naturaleza del espacio y el tiempo”, *Investigación y Ciencia* 20: 3-53
- LIVERANI, M. (1995): *El antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*. Crítica, Barcelona.
- MATURANA, H.; VARELA, F. (1996): *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*. Debate, Madrid.
- MOYA, A. (2010): *Evolución. Puente entre las dos culturas*. Laetoli, Pamplona.
- RUSE, M. (2001): *El misterio de los misterios. ¿Es la evolución una construcción social?* Tusquets, Barcelona.

I.

Introducción y agradecimientos

Esta monografía contiene el conjunto de las ideas en torno a las cuales ha girado nuestra labor investigadora en los últimos años. Esta se ha centrado principalmente en las producciones cerámicas “tartésicas”, fundamentalmente en la vajilla a mano con decoración geométrica y las implicaciones étnicas que se pueden deducir del contenido simbólico encerrado en los motivos que ornán dicho repertorio cerámico.

Las excavaciones de D. Juan de Mata Carriazo en El Carambolo (Camas, Sevilla), propiciadas por el hallazgo del tesoro en septiembre de 1958, revelaron un espectacular conjunto de materiales cerámicos. Este hecho es el punto de partida de los estudios modernos sobre el repertorio vascular de época “tartésica”. Durante las décadas sucesivas a la intervención de J. de M. Carriazo en el cerro camero, las excavaciones en lugares como Carmona (Sevilla), El Cabezo de San Pedro (Huelva) o San Bartolomé (Almonte, Huelva), etc., y los estudios comparados de sus estratigrafías cimentaron los pilares sobre los que durante todos estos años se ha estado sustentando conceptualmente el fenómeno arqueológico de Tarteso. Un castillo de naipes que, por extensión, ha sostenido el tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el suroeste de la península ibérica.

Desde mediados del pasado siglo XX, en las mesas de debate científico, se establecieron una serie de axiomas historiográficos en torno a la cultura “tartésica”, fundamentados, como veremos, en propuestas apriorísticas y que conformaron las bases sobre las cuales se apoyó cualquier lectura referente a este entorno cultural: la presencia de los yacimientos fenicios exclusivamente en la costa y los tartésicos en el interior, la equivalencia “cerámica a torno igual a oriental y cerámica a mano igual a indígena”, el desarrollo de la cultura tartésica en los siglos previos a la llegada de los colonos de Oriente, etc. Estos axiomas, durante la última década del citado siglo, han sido objeto de revisión por parte de algunos sectores de la investigación, ya que el desarrollo de las excavaciones y la digestión más pausada de los datos han hecho posibles nuevos puntos de vista. Estos han dado un giro, en algunos casos copernicano, a conceptos fundamentales como la filiación étnica de algunos yacimientos emblemáticos del Tarteso indígena (de hecho el mismo Carambolo es el caso más destacado, aunque otros como el de Doña Blanca, en el Puerto de Santa María, Cádiz, abrieron el camino).

Evidentemente toda interpretación parte de la mente del investigador, y por tanto está supeditada a la subjetividad inherente al pensamiento de este (Querol 1997: 396). Los datos arqueológicos poseen una cualidad de inmutabilidad que se pierde al ser leídos por el investigador que realiza una interpretación a partir de ellos, es decir, el dato físico

se transforma en una pieza subjetiva dentro de un puzle histórico, que es la hipótesis de trabajo.

En el caso de las cerámicas a mano de época “tartésica”, estas parecen haber estado al margen de esos cambios en la interpretación global de los yacimientos, y en muchos casos han permanecido estancadas en su consideración como pieza clave del puzle que dibuja un Tarteso indígena; forzadas, en muchos casos, a encajar en un espacio que no es el suyo. Algunos autores han justificado el hallazgo de estos tipos cerámicos en yacimientos fenicios¹ con la presencia de muchedumbres indígenas sirviendo como mano de obra para los colonos fenicios (Martín Ruiz 1995-96; 2000). Pero en los interpretados comúnmente como autóctonos –en los que se da el mismo porcentaje de materiales– se alude al comercio, al intercambio o a la aculturación para explicar la presencia en estos de vajilla fenicia. Esta situación parte de una atribución apriorística de cada conjunto cerámico a una u otra etnia según se trate de yacimiento en el interior o la costa, o bien de alfarería a torno o a mano. Pero incluso una vez admitida la presencia de asentamientos fenicios en lo que se consideraba el interior y el uso de vajilla a mano también por los colonos semitas, la consideración de la alfarería a mano con decoración geométrica sigue siendo la misma.

Por todo esto, la investigación en torno a las cerámicas a mano de época “tartésica”, a pesar de cumplir más de cincuenta años, está lejos de verse agotada. En estas décadas, muchos trabajos referentes a este tema han visto la luz. Los tipos cerámicos que aquí se tratarán –y sobre todo la pintada tipo Carambolo– han sido bandera y baluarte de una concepción indigenista de Tarteso, actualmente rebatida por algunos investigadores.

A medida que el “cambio de paradigma tartésico” iba configurándose en la mente de algunos investigadores, nuestras preguntas enfilaban siempre hacia las producciones cerámicas; planteándonos su papel de inmutable “fósil guía” de la cultura material indígena. Y cuanto más nos aproximábamos a un nuevo concepto de Tarteso las cerámicas con decoraciones geométricas más se enquistaban en su papel; como si la historia no fuera con ellas. Estaban cambiando de “fósil guía” a “fósil historiográfico”.

A lo largo de estos años, en un sentido teórico y metodológico, hemos pretendido partir de una postura no aséptica, ya que esta es imposible, pero sí ajena, deliberadamente, a los grandes axiomas preestablecidos desde el siglo pasado en torno a la cultura “tartésica”.

En la mayoría de los casos, el estudiante de Historia durante la carrera permanece ajeno a esta problemática. Esta obra contiene, aparte de un análisis sobre un conjunto concreto de materiales de un yacimiento específico (El Carambolo), una serie de reflexiones acerca de los cambios que en los últimos años se han venido produciendo en el panorama científico sobre Tarteso, y sobre las consecuencias de dichos cambios, fundamentalmente en lo que a la vajilla a mano con decoración geométrica se refiere, ofreciendo al lector una nueva propuesta, que a nuestro entender deja una mayor cantidad de cabos atados, para entender el papel de estas producciones cerámicas en la protohistoria andaluza.

El catálogo de piezas de este trabajo está compuesto exclusivamente por las piezas halladas en El Carambolo, tanto en la campaña de J. de Mata Carriazo (en cuyo caso nos

1. En la mayoría de los casos, la vajilla a mano está presente desde los niveles inferiores y en un mayor porcentaje frente a la realizada a torno, aunque volveremos sobre este asunto más adelante.

basaremos exclusivamente en lo publicado por el autor), como en las recientes campañas realizadas entre 2002 y 2005. Al margen de estas, evidentemente, se citarán paralelos procedentes de otros yacimientos tartésicos, e incluso de fuera de la Península.

Antes de cerrar esta introducción nos gustaría brindar, de todo corazón, nuestro agradecimiento a una serie de personas que, de una manera u otra forma, con su apoyo, consejos, enseñanzas y cariño han hecho posible esta monografía.

En primer lugar, a nuestro maestro José Luis Escacena Carrasco. Él nos abrió la puerta no solo de la arqueología y del estudio de materiales sino que prendió en nosotros la chispa de la crítica, el análisis y la búsqueda honesta, no de la verdad histórica, sino de la hipótesis más plausible. Nos encaminó en la reflexión sobre el simbolismo, la religión y sus implicaciones étnicas, que tan importantes han sido para nuestros trabajos. Dirigió, con una paciencia que –como puede verse– aún hoy le agradecemos, nuestra Memoria de Licenciatura, sobre la cerámica grabada, germen fundamental de las reflexiones aquí contenidas. En definitiva por enseñarnos a contemplar la historia como un aspecto más de la evolución humana, regida por sus leyes y normas.

A nuestro también maestro y amigo Eduardo Ferrer Albelda, por tantos y tantos inestimables consejos a lo largo de los años, por horas de conversación sobre Tarteso y los paradigmas, por la paciente lectura del manuscrito y sus recomendaciones bibliográficas. En resumen, por su amistad sincera e incondicional.

A Gonzalo Cruz Andreotti, investigador principal del Proyecto de Investigación *La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C – II d.C.)* (HUM-3482), al que pertenecemos y en el marco del cual se materializa esta monografía. Por su apoyo y paciencia, y por creer en nuestra propuesta a la hora de acercarnos a las etnias desde las cerámicas decoradas.

Al Ayuntamiento de Camas y a su Delegada de Cultura Dña. Eva Pérez Ramos, por su apoyo y contribución a la publicación de esta obra. Por su interés en difundir el Patrimonio histórico-arqueológico de Camas del que El Carambolo es una parte fundamental.

A nuestros compañeros Álvaro Fernández Flores y Araceli Rodríguez Azogue, por poner a nuestra disposición todo el material y los datos que he requerido para poner en pie esta monografía y otros trabajos. Por tantos años de amistad y trabajo, de ilusión y estudio. Por los debates y lecturas que hemos compartido, por los proyectos que han visto la luz y los que se quedaron en el camino.

A nuestros amigos Mark Hunt Ortiz, Jacobo Vázquez Paz, Daniel García Rivero, Juan Fournier Pulido, Francisco José García Fernández y Oliva Rodríguez Gutiérrez. Por sus cafés repletos de ciencia, por sus consejos y ánimo.

Al personal del Museo Arqueológico de Sevilla, conservadores y restauradores, por su valiosa ayuda con los fondos consultados, su paciencia y buen hacer.

Y sobre todo, a Catalina Jofre Serra. Por su aliento, su impulso y su apoyo incondicional sin el cual, no solo esta monografía, nada de lo que hacemos tendría sentido.